

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO X.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Víctorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 438.

MURCIA 11 DE SEPTIEMBRE DE 1898

La Juventud Literaria

PALIQUE

Ya estamos en las postrimerias de nuestra feria.

Esta ha sido bastante animada y no ha desmerecido en nada a las celebradas en los anteriores años, dadas, sin embargo, las circunstancias bien tristes por que atravesamos.

Los forasteros, ya casi nos han abandonado.

Los bailes del Casino superiorísimos.

Nuestras paisanas han causado mas de una perturbacion mental, y algunos de los que padecen la dolencia no pueden vivir tranquilamente, ni beber agua de Santa Catalina con sosiego.

Los enamorados son muchos y... ¡pobre amigo mió! ¡Pobre Cucufate!

Y hagamos historia:

El 4 de Septiembre del corriente año llegó a ésta Escolástica Peñagorda, hija del veterinario de Crevillente, y al bajar de la estacion, lo primero que hicieron la niña y la mamá, fué tomar un carruaje de dos reales por asiento, y dirigirse a una casa de huéspedes económica, situada en la calle Cagarrruta n.º 57 principal izquierda.

Allí está de parada mi amigo Cucufate Pelaguvias.

Este al ver a la hija de la señora rocién llegada, sintió calambres por los huesos débiles de su cuerpo y frió glacial por su frente despejada.

En una palabra: se enamoró perdidamente de la hija del veterinario.

Llegó la hora de comer y Pelaguvias se sentó junto a la mamá de Escolástica, pues según su teoría, cree que es mejor empezar por conquistar a la madre, para después «quedarse» con la hija.

—¿Qué le parece a usted, señora,—objetó mi amigo—este puré de lentejas?

—No me parece mal.

—¿Y qué le parece la feria?

—Muy animada.

—¿Y esta señorita es hija de usted?

—Si, señor.

—Me lo figuraba, porque esos preciosísimos ojos son idénticos a los de la que le dió el ser.

—Es usted muy galante—dijeron unisonamente la mamá y la niña.

Y así, sucesivamente, sostuvieron animado diálogo durante la comida.

Pelaguvias fué, digámoslo así, el cicerone

de la mamá y niña durante nuestras fiestas.

Escolástica casi se dejaba querer... honestamente.

Pero mi amigo es algo tímido y solo la daba algunos «pases ceñidos», mas nunca aprovechaba la «suerte» para tirarse a «matar».

Pasaron los días de este modo, hasta que en la noche del ocho, al saber que al siguiente día salían para su tierra, se atrevió con la «res», pero fué «cogido» al intentar el «descabello».

La muchacha en cuestion, por conveniencias de familia, estaba comprometida con el hijo del médico de su pueblo, que está en muy buena posición, y que tiene un lunar en la mejilla izquierda, y esta era la causa de no poder aceptar las relaciones de Pelaguvias.

—Si usted fueserico,—dijo la niña inocentemente—tal vez mis padres accedieran, porque usted no parece mala persona.

—La familia de Pelaguvias,—dijo él—es pobre, lo confieso, pero muy decente.

—Lo será, pero llamarse—exclamó Escolástica—Pelaguvias. ¡ó Pelagatos, es lo mismo que decir, no tengo un cuarto.

Gelias



LAS DOS FLORES

LA ROSA

Reina de todas las flores
alzo mi rico dosel,
y son gala del vergel

mi fragancia y mis colores.
Codiciando el arrebol
del sol, me elevo altanera,

porque así soy la primera
que bebe la luz del sol.
De mis hojas a través,

pasa la luz a otras flores,
que ocultando sus dolores
lloran de envidia a mis pies.

Las mariposas pintadas
de acariciarme no cesan,
y cuando mi cáliz besan,
se duermen enamoradas.

El cantor ruiseñor
dulces trinos improvisa,
y al columpiarme la brisa

murmura endechas de amor.
Fuentes, brisas, ruiseñores,
al contemplar mi hermosura,

todos cantan la ventura
de la reina de las flores!

LA VIOLETA

La más pobre de las flores,
la ambición no me da guerra,
y no me alzo de la tierra
por no perder sus favores.

Resignada con mi suerte,
no busco el vivo arrebol.
¡Cuanto más cerca del sol
más pronto hallamos la muerte!

Siempre contenta me ves
bajo otra flor más hermosa:
Me da sombra cariñosa
y yo le beso los pies.

Del viento y su loco afán
el huir es mi delicia.
Ese viento que acaricia,
troncha cuando es huracán.

No quiero el beso traidor
de mariposas pintadas,
que al dormirse enamoradas
le roban jugo a la flor.

La humildad es mi divisa:
nunca de hermosa presumo,
y si me pisan, perfume
la planta del que me pisa.

Mi bajo lugar prefiero
a caer desde la altura.
¡Muriendo en mi sepultura,
ni aun notan cuando me muero!

Libre estoy de mano audaz,
porque aunque lleguen a verme,
por no agacharse a cojerme,
me dejar vivir en paz.

¡Luce en tu trono elevado,
rosa de vivos colores,
que la última de las flores
no ha de envidiar tu reinado!

JOSÉ JACKSON VEYÁN



La fortuna del capitán

I

Angelina quedó pensativa al mirar cómo se alejaba la esbelta y arrogante figura [del capitán Lecouver.

Apenas desapareció éste entre los árboles, se inclinó a recoger una de las muchas margaritas que florecían en el campo, y con ansia infantil empezó a deshojarla, haciendo la consabida pregunta: ¿me quiere? ¿no me quiere?

Una encantadora sonrisa apareció en sus labios al ver la respuesta de la flor «me quiere.» ¡Oh, sí; cómo podía dudar! Y, sin embargo, ¡tenía tantos motivos de dudar! Lecouver era pobre y ella rica.

Bien pudiera ser que todas aquellas protestas que no há mucho la hiciera fuesen dirigidas más bien a su posición que a su persona. Su tía se lo había repetido mil veces.

El capitán era tan pobre como guapo y simpático, é indudablemente el casarse con una huérfana, hija única y poseedora de cuantiosos bienes, tiene inmensas ventajas. El, si, parecía quererla... y mucho. Angelina casi se odiaba a si misma por atreverse a dudarle. Por su parte ella hacía mucho tiempo que le había entregado su corazón.

La muchacha paseaba de un extremo a otro del sendero, procurando encontrar en su cerebro alguna idea salvadora que la permitiera cerciorarse de los verdaderos sentimientos del capitán.

¡Si ella fuese pobre también! Pero nó porque siendo pobres los dos, el matrimonio era imposible. ¡Si él fuera tan rico como ella! ¡Si la mitad de esa ponderada fortuna fuera del capitán! Entonces si que se consideraría feliz si él continuaba requiriéndola de amores.

Un pensamiento que la pareció excelente acudió de pronto a su imaginación, y con la impetuosidad propia de los pocos años, corrió en seguida a ponerlo en práctica.

Su tía la llamaría loca, por supuesto, si llegaba a enterarse de lo que intentaba; pero ¡qué la importaba si al fin descubría la verdad!

Su fortuna era exclusivamente suya; podía hacer con ella lo que quisiera puesto que acababa de ser declarada mayor de edad, y nadie podía impedirle el hacer de ella el uso que mejor le pareciese.

Con ojos brillantes de entusiasmo corrió a su habitación, y rápidamente escribió la siguiente carta a su notario:

«Querido amigo: Deseo me haga usted un favor, que creo no le costará gran trabajo. No conozco la suma exacta de mi fortuna, pero deseo la divida usted en dos partes iguales, poniendo una de ellas a nombre del capitán Jorge Lecouver del 15º regimiento de dragones. Su dirección actual es la que sigue. Ruego a usted que de ninguna manera y bajo ningún pretexto llegue éste a conocer jamás la procedencia de tan inesperada fortuna, puede usted decirle que esa herencia procede de un pariente suyo muerto en Indias. Confío en su habilidad y espero que muy pronto estará arreglado.

Suya afectísima.

Angelina Dane.

P. D. Ruego a usted que esto sea también un secreto para todo el mundo incluso para mi tía...»

II

Angelina había solicitado del capitán Lecouver el plazo de un mes para darle una respuesta definitiva. Una semana había apenas transcurrido cuando, paseándose una tarde por el parque, divisó la gallarda figura del capitán que se acercaba a ella.

—Iba a pedir a usted una entrevista

